

Treinta y ocho años de evangelización en todo el mundo al servicio de la Santa Sede

El 1 de octubre de 2009 concluí la misión que el Instituto me encomendó en el lejano verano de 1971. Fui enviada a Roma para un mes de prueba en “L’Osservatore Romano” y he trabajado allí 38 años, un mes y once días. Me fui convencidísima de que al mes siguiente regresaba a España para el comienzo de curso. Estaba de directora en el Colegio “Divina Pastora” de Vallecas y estaba muy contenta trabajando sol a sol en la educación. Ya la Directora de la Normal de Pamplona –cuando estudiaba magisterio, que concluí a los 16 años- me decía que era una gran pedagoga, y siempre pensé dedicaría toda mi vida al Señor en la enseñanza.

Durante mis primeros años en la Ciudad Eterna, los ojos se me iban detrás de los niños, cuando iba por la calle. Y es que ese trabajo era lo más contrario a mi vocación profesional. Debo reconocer que desde que entré al convento el Señor me ha llevado –a través de los Superiores- por caminos contrarios a mis inclinaciones. Pero me he puesto siempre en manos de Dios, me he fiado de Él y me ha ayudado y dado fuerza en toda circunstancia. No sabía nada del trabajo que tenía que realizar, no conocía la lengua italiana, como era tiempo de vacaciones no había nadie de lengua española que me enseñara. Las dificultades que tuve que superar fueron inmensas. ¡No veía la hora de que se acabase el mes! Todo lo tuve que aprender a la vez: corrección de pruebas, redacción de noticias, traducción, escribir en unas máquinas de las que salían unos puntos en vez de letras... Esto ha hecho que yo me encargara de hacerles lo más fácil posible el aprendizaje a las personas que luego han pasado por L’Osservatore Romano.

En mi vida me ha servido de mucho una frase que decía el P. Angulo, q.e.p.d., en unos ejercicios espirituales a la Comunidad de la Casa Madre, en mi primer año de profesión, pero que yo no pude hacer porque estaba de xámenes, aunque sí iba a algunas charlas: **“Donde Dios te ha plantado, allí tienes que florecer”**.

He sido muy feliz. Se recibían muchas cartas agradeciendo la gran labor evangelizadora que realizábamos con nuestro trabajo. Siempre me he sentido evangelizadora. Un trabajo oculto. Nadie o casi nadie sabía que yo existía, pero con ese trabajo escondido Dios hacía su labor. Como sucede con nuestras hermanas que están en trabajos que no se ven o incluso que por la edad o la enfermedad sólo pueden rezar y ofrecer su vida en silencio, pero que el Señor se encarga de que sus actitudes tengan un gran valor evangelizador y redentor.

Debo dar un testimonio del Instituto, que yo considero importante: la continuación de la práctica de las virtudes que caracterizaron a Nuestra Madre Fundadora: el desprendimiento, la generosidad, el servicio a la Iglesia: *“Te darán 70.000 liras (en aquel tiempo), pero aunque no te dieran nada tú irías igualmente, porque es un servicio que la Congregación presta a la Iglesia”*, me dijo la Madre General. Con ese dinero, apenas tenían para pagar el cargo de director técnico a la persona que me sustituía, sin contar que yo tenía clases todo el día y tenían que pagar cada una de las horas. He de decir los Superiores

Mayores jamás me han preguntado cuánto dinero ganaba: el sueldo entraba en la cuenta de la Comunidad y basta. Este era el espíritu de nuestra Madre Fundadora. Yo he tratado en todo momento de seguir su ejemplo. He estado siempre a disposición de todos y he buscado el bien: escuchar, acompañar, aconsejar, enseñar... He sido para todos sin excepción hermana, amiga, madre. Ellos lo han querido demostrar en la fiesta de despedida que me hicieron. Todos: desde el director, hasta los bedeles, pasando por todos los servicios y ediciones. Entrañables las dedicatorias que me escribieron al dedicarme un precioso icono ruso, que me bendijo el Papa el último día de mi trabajo, durante la audiencia general a la que me acompañó el Director, a pesar de sus inmensas ocupaciones. Nunca he pensado que era a mí, sino al Instituto que me envió y al que representaba. Durante mi estancia allí no he hecho nada más que lo que tenía que hacer.

Y ahora ¿qué? Pues, acaba una etapa, estoy feliz, muy feliz, e inicio otra en mi vida, que no es menos fecunda. Ahora tengo más tiempo para rezar con más calma y estar disponible para los demás. En la comunidad, que como todas es al mismo tiempo una fraternidad, tengo mis obligaciones como las demás hermanas y mientras pueda seguiré colaborando en las obligaciones de la casa. Cuando esto no me sea posible, trataré de seguir el ejemplo de tantas hermanas de nuestro Instituto, verdaderas santas, ejemplo viviente de las virtudes de la Madre Fundadora, y también poner en práctica la recomendación del Papa a través de la carta que me envió el cardenal Secretario de Estado: “*Ser Mensajera fiel de la belleza del amor de Dios*”.

Pilar Chalezquer Izar